

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia y Lorea, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 485.

MURCIA 6 DE AGOSTO DE 1899.

La Juventud Literaria

PLAYERAS

Quando sale á bañarse
mi mamá suegra
exclamo con delicia:
— ¡Si no volviera!

— ¡Ay, quien fuera el bañador
econ que tu cuerpo aprisionas,
para contemplar de cerca
tus esculturales formas.

No te bañes en la playa
que te miran muchos ojos,
y Dios no crió tu cuerpo
para recrear gomosos.

— ¿Por qué no me baño?
— ¡Ay, niña hechicera
si supieras que cosas contemplo
sentado en la arena!

A la orilla del mar fui
para contarle mis penas,
y me contestó con sorna
— Hombre, y á mi, ¿que me cuentas?

Una mañana de Mayo
te ví á la orilla del río,
y tenías una curda,
de padre y muy señor mío.

Caminito de la playa
la quise dar un abrazo,
y su padre, que es muy bruto,
me pegó dos garrotazos.

LA SERENATA

Cuántos músicos y poetas se han inspira-
do en la costumbre de dar serenata. La mú-
sica y la poesía son dos hermanas gemelas,
inseparables. ¿Quién duda que los versos de
nuestro Zorrilla tienen el compás, el ritmo y
la sonoridad de una melodía italiana? Quién,
al escuchar la sencilla serenata de Schubert,
ó la cadenciosa de Gounod, no descubre el
póstico pensamiento que las inspiró? El que
no tenga alma de artista.

Nada supera en encantos á la serenata en
esta bendita tierra andaluza, en este paraíso
cuyo cielo nos empequeñece hasta la ruín-
dad, cuyas flores nos trastornan, nos em-
briagan con sus aromas; en esta región cu-
yo nombre es sinónimo de alegría, porque
parece que suena á repiqueteo de sonoros
crótalos. Figúraos una de esas hermosas no-
ches estivales en que la antigua sultana
sueña con sus pasadas glorias y viejos es-
plendores, dormida en el regazo de su ferti-
lísima sierra y arrullada dulcemente por el
famoso rey de los ríos.

Entremos, si gustáis, en el recinto de la
ciudad. Cruzamos tortuosas calles, formadas
por rancieros caserones que el tiempo y las ga-
rras de la hiedra desmoronan.

Sólo el toque religioso de cercano con ven-
to nos dice que alguien vela: las vírgenes
del Señor. Después se oyen pasos cada vez
más distintos; nos aproximamos: son cuatro
ó cinco apuestos mozos que hablan en voz
baja, como si temieran ser descubiertos.

¿De qué se trata? No es difícil averiguar-
lo llevando, como cada uno de ellos lleva,
debajo del brazo, una guitarra, instrumento
que ha venido á sustituir á la guzla y la ci-
tara de los trovadores de otros siglos; ins-
trumento que introdujo en España el soñador
hijo del desierto, y que no hay andaluz
que, aunque habite en pobre cuarto, no ten-
ga en gran estima, colgado de un clavo, en
la pared, junto á una estampa de la *Mare é
Dios*. ¡Vistosa guitarra!

Ella es su confidente; mitiga las penas y
aleja el hastío; hasta el extremo de que ha
habido curioso observador que la atribuye
la causa de que en Andalucía no se registren
tantos suicidios como en los países del Nor-
te.

Sigamos á los mozos, que avanzan andando
casi de puntillas y á poco se detienen bajo
una ventana orlada de azulejos y tiestos
sembrados de claveles, jazmines y albasas.
— ¿Estamos? — pregunta á media voz el que
dirige la rondalla y que, sin duda alguna,
es el novio que pretende halagar á la dueña
de su corazón. Y comienza el rasgueo de las
guitarras, rasgueo que no podemos oír sin
rejuvenecernos, sin que nos hierva la sangre
en las venas.

En dos pedazos, morena,
tengo el corazón partido;
no me pagues con achares
lo mucho que te he querido.

— ¡Otra! ¡Otra! — claman sus compañeros,
y, olvidándose el *cantaor* de los desdenes de
que se lamenta, canta la segunda vez:

Los ojos de esta gachí
han servido de modelo
para *jacer* á su igual
las estrellitas del cielo.

Y á este tenor siguen cuatro ó cinco co-
plas más, hasta que el toque del alba, el
canto del gallo y el piar de los pajarillos
dan el jalto á la aurora.

Entonces se abren las maderas de la ven-
tana y aparece hermosísima joven de rostro
ovalado, ojos de fuego y cabello negro como
el azabache, suelto sobre los hombros.

¡Busto admirable, que iluminado por los
primeros indecisos rayos de luz solar;
hace que nos creamos delante de uno de
aquellos tipos que trasladó al lienzo el diest-
ro pincel del inmortal Goya!

Con una sonrisa que dilata sus carmineos
labios, premia al director de la música, que
por ella suspira; cambian los dos amantes
algunas palabras de dulce sabor, y con un
¡hasta luego! que inunda de gozo sus almas
juveniles se citan para más tarde.

Todo ha concluido; los pasos de él se
pierden á lo lejos, dejando tras sí ilusiones
y esperanzas sin cuento; ocúltase la hermosa
mujer, y el silencio reina ya pocos momen-
tos, pues pronto comienzan á salir de sus
hogares la beata que no quiere perder la
misa primera, el despreocupado madrugador,
el obrero que marcha á su trabajo, y
las jóvenes y las viejas que van á la compra
para llenar las cestas de vituallas y vaciar
el buche de murmuraciones.

A. ESCAMILLA RODRIGUEZ.

CANTARES

— (02) —

Son tus labios dos cortinas
De color de carmesí
Y entre cortina y cortina
Estoy esperando el sí.

Escribano no quieras
Porque es, en suma,
Pájaro que en su vida
Cambia de pluma.
De ningún modo
Quieras, niña al que siempre
Da fe de todo.

El naranjo de tu patio
Cuando te acercas á él,
Se desprende de sus flores
Y te las echa á tus pies.

Al amor lo pintan niño
Con los ojitos vendados;
por eso viven á oscuras
todos los enamorados.



SALDO DE CUENTA

En Echenique, distrito
de las afueras de Málaga
había un pobre labriego
con una muela cariada,
que lo tuvo sin dormir
lo menos una semana;

por allí solía ir
un barbero que afeitaba,
y que extraía las muelas
por económica paga;

el campesino esperó
á que el barbero pasara,
para deshacerse pronto
de aquella muela tan mala;

efectivamente, fué
el barbero y ajustada
la extracción por cuatro reales,
que le pareció barata,
en seguida le sacó
aquella muela dañada.

Apenas el campesino
vió que no le molestaban
aquellos dolores fuertes
que antes sentía en la cara,
se negó á satisfacer
la cantidad ajustada;
con gran razón el barbero
la peseta reclamaba

pero el otro se hacía el sordo
sin atender á palabras;
por último, ambos á dos
se enredan á bofetadas,
recibiendo una el babero
con tal acierto, tan bárbara
que una muela le arrancó,
que no estaba enferma, sana,
visto lo cual, el deudor
le dijo con mucha gracia:

— Tú me has sacado una muela,
y yo á tí otra, pues pata;
ni me debes ni te debo,
queda la cuenta saldada.
Dióle el barbero la mano
y le repitió las gracias.

CALAHONDA.

